

FERROCARRIL BELGRANO

Jorge Polanco Salinas

Escribir de modo tal que no te puedan tachar

CUARENTA AÑOS

Eres un hombre de cuarenta años
con la vaga sensación de una juventud ruinosa
No has conseguido mayores logros,
salvo el apego incomprensible
y desesperado de una mujer que te observa
en la oscuridad. Eres un cuarentón,
y esta palabra también te abruma,
porque al finalizar el día piensas en el agotamiento
que debieron sentir otros hombres a esta edad,
cuando un hijo te llama antes de dormir
y no tienes certezas que decirle sobre el futuro,
salvo tal vez un beso en la frente,
recordando a tus padres a la misma edad
y con las mismas incertidumbres.

Eres un hombre que despiertas en la mañana
con la sensación de tu brazo estrangulando otros labios,
atrapado en una pieza vieja de Valparaíso
donde el amor es una mancha de humedad
de la que se quiere escapar a la primera luz del sol.
Luego a la noche
vuelves al cuarto sin ventanas
sentado, borracho en una acera,
sacándote los zapatos para no meter bulla.

Al pasar observas el espejo del comedor,
cuando unos pájaros emprenden su vuelo,
y uno de ellos se queda atrás
con una herida en su pie.

Seguramente en las pesadillas recuerdas la infancia,
esas tardes de inseguridad con los padres,
los vidrios rotos, los platos sucios y el vino por todas partes
limpiando al otro día, como de costumbre,
las suciedades silenciosas que dejan los gritos
impregnados en los muros y las habitaciones.
Esos secretos que se guardan en los rincones de la casa,
sobre todo en la casa de los padres,
arrendada en la actualidad a otras familias
que pasarán tardes semejantes a las tuyas.

¿Cómo decirle a tus hijos que has deseado revertir
todo ese rencor en amor hacia ellos
pero que apenas puedes contigo,
en esos instantes de lucidez
cuando abrazas un vaso de alcohol antes de dormir?

Ya llegaste a la mitad de la vida
suponiendo que no se extenderá a los cien
-demasiado innecesaria-, hábito de la biología
en prolongarse y reproducir la especie.
A estas alturas no fuiste lo que te destinaban,
algo pasó en el camino: un extravío, una mujer,
una especie de insolación,
mientras vives con una familia de tramoya,

en el silencio de una casa
en la que todos quisieran dormir.

A veces te sorprendes murmurando,
y sales a la esquina con la camisa, la corbata,
los calcetines revueltos del armario.
Vuelves la vista atrás con una lentitud pasmosa,
a la cama compartida donde ella dice tener depresión
y tú sólo escuchas la musicalidad de sus palabras
pensando que la casa está repleta de vidrios rotos.

Haces memoria de los golpes en la ventana,
las murallas raspadas por el sol
y la televisión encendida durante la noche.
La depresión tiene la imagen de una montaña
en la que se repite un extenuante monólogo,
un apretón de surcos en las manos
o una línea infranqueable dibujada en la frente.

Pero vuelves otra vez allí
con la vista perdida en la pared, el mentón temblando,
los brazos al costado, aguardando una respuesta
al otro extremo de la cama.

AFRO BLUE

10:46

El disco gira rápido
en la pequeña radio del velador
Leemos el diario con una linterna
apuntada sobre la cabeza,
imaginas las letras que indican
algo sobre el tiempo
que pasaste con Margot,
la del tango, a principio de siglo,
en disco de vinilo.

Los primeros acordes, *My favorite things*,
versos grabados en piedra de braille,
impulsos a quedarse atento
y romper la elipsis.

Oímos a Coltrane gritar,
un golpe de calderón
no acallará las voces estentóreas
sepultadas entre disquerías de anticuarios,
no bastaría para este arte de la fuga
y la contingencia de cercenarse
escapando a la llamarada
de un negro muerto en Mississippi
Afro blue
un saxofonista con falta de vitaminas
y problemas dentales

tan temprano sucumbiste
en este arte de linchamiento y denuncia,
compás del vino blanco
y los jardines de terciopelo.
Un cáncer al estómago
atora el aire del saxo,
los ladrones de discos
atesoran esas viejas ediciones
en sus estantes de abrigos largos,
el cementerio sube las acciones con el tiempo,
elaboran su recorrido
estudiando calmadamente la zona
Salen con un mapa
llevando a cabo su plan siniestro
Todas esas composiciones
que aguardan manos justas
y recompensas ostentosas.
En cambio el astronauta del saxo sideral
aprendió a escribir como un ciego,
palpó el amor supremo de la afonía;
mientras tocan las bocinas allá fuera
la muerte aumenta el valor de los vinilos.
Los últimos acordes, *Ruby, My Dear*
Una simple balada, ¿un anticipo de
liberación?
Aquí también hablan
de la hermandad y el perdón
pero siempre hemos sido
un país del tercer mundo.

Calles arrasadas por temporales
a expensas de la naturaleza,
borradas finalmente de la tierra
y convertidas en un museo salino,
a veces el poema es una cámara de gas,
asfixiante,
ilegible,
confabulado con la muerte violenta,
enredándose en las voces
dispuestas como una sesión de tortura.
Fuertes imágenes para provocar el shock,
pero a medida que superamos la adolescencia
se extienden las llamas
y a lo sumo no queda más que un gramófono
o una fotografía de dos frutos amargos
colgados en un árbol que recuerdan
las canciones de Billie Holiday.
La historia es repetitiva,
una aguja en la gramola,
el secreto no es la imitación
sino la reproducción insaciable
de la pérdida de sentido:
una matanza en el norte,
los nombres de las calles,
los gestos militares,
las coronas y las espinas pertinentes.
Leer la historia rusa o mexicana,
la discriminación de los africanos,
las hipotecas de los explotadores,
sus herramientas y discursos patrióticos,

unas cuantas justificaciones
sobre los lindes de la tierra,
o Edipo sacrificado por salvar al pueblo.
La música negra se repite
en cada rincón del mundo
con ironía y sorna;
el mar es una acuarela asfixiante
adornando Babel y una cordillera salobre.
En su noche se escuchan
los sonidos de una fiesta bulliciosa,
¿La Alejandría de Kavafis
o San Francisco de Ferlinghetti?
Gritos despavoridos de los vecinos
ignorantes de un Valparaíso
incendiándose
eternamente
con reflectores apuntando
a la arquitectura de la pobreza.
Travestis de empuñadura
cerrando tras suyo la puerta
a una costanera opresiva,
alguien silba en la calle *Kind of blue*,
el mar es un disco de vinilo, oscuro,
girando en la aguja de un tiempo sin retorno.

FERROCARRIL BELGRANO

Voy a toda velocidad con Herbie Hancock
en la cabeza y el cansancio de leer a John Ashbery,
la poesía es el habla de la honestidad
aunque los sedimentos musicales escarchan
mejor la imaginación, el tren avanza
con la impunidad del lenguaje,
recorre las siluetas detallando los dibujos
tejidos en las orlas de la infancia,
cuando nos obligan a callar y meter
nuestras voces bajo las sábanas
escondiendo un revolver en el armario.
Algo en este tren contrasta con Ashbery
pero no con Hancock, un mohicano de tez
oscura agarra intrépido una cartera
lanzándose del vagón todavía andando,
la vendedora ambulante lo persigue
aferrada al espasmo de sus escasas pertenencias

A cierta edad se actúa como las ciudades,
la costumbre doméstica la muerte

*¿qué ruido es ése? ¿qué hace ahora el viento?
Nada, otra vez nada,
como la exhumación de estos cuerpos
y los velorios filmados en directo,
la cámara es radical y elocuente,
la ironía infinitamente silenciosa
¿por qué cantan los gallos tan temprano?
el tren invade la comarca,
ese ruido no indica nada, otra vez nada*

hablándonos de la anorexia
demacrada y cruel que limita el pensamiento,
tantos indigentes en esta calle
que es necesario elegir a quien entregar propina
continuando la ruleta rusa del hambre.
A la par los intelectuales de izquierda se reúnen
en conversaciones sobre Ashbery y Adorno,
en París, Nueva York, o Buenos Aires capital,
palabras impugnadas en un hilo que la escritura
recoge como un retorno de frases hechas
rebobinadas ante el paso del tren,
que marcha rápido, rápido,
acentuando la neblina moderna de Hanckok,
en cambio el chorro avanza corriendo por la línea férrea,
la mujer arriesga su cuerpo
en la dureza del suelo subdesarrollado
No me vengan aquí con el Spleen
y otras siutiquerías francesas,
en los cordones de París también hay locomotoras
que cruzan las estaciones atisbando
de lejos las villas miserias,
el tren pasa rápido
(como la escritura o la vida),
y sólo se detiene en algunos espejismos,
por ejemplo, durante la Segunda Guerra la mitad de Francia
creía en militares vestidos de boy scouts,
se les olvida y callan, pero tuvieron sus propios
hijos batallando bajo las sábanas de Argelia
(como la guerra o la vida)

*En la ciudad la crisis tiene rostro
(los detestables discursos sobre la pobreza)
Pero, ¿quién puede preocuparse verdaderamente
de sus interrogaciones existenciales?
- Vivir es debilitar-,
la alabanza del cuerpo es para quien lo tiene,
el desagüe drena los intestinos
y los órganos deteriorados por la enfermedad,
las uñas seguirán creciendo en el ataúd
como la sepultura que abrieron de tu abuelo,
como los sedimentos que se aferran
a la conciencia de la escasez,
la sangre derramada en las calles eriazas
era ese vino púrpura de los altares,
las mismas palabras para decir amor
ahora son esas piernas húmedas,
un borboteo fecundado con el llanto adormecido,
dos labios fríos unidos por la muerte.
Un colectivo a los lejos atravesaba la calle.*

No nos hagamos las víctimas, aquí también
queremos un asiento del tren,
atentos a cualquier resquicio de la velocidad.
Un hombre ve las cosas diferentes
en diferentes momentos de su vida,
como las generaciones que se creen superiores

*La muerte es un vegetal que se va pudriendo,
órganos disecados por dentro, raíces
amarradas con la ira endosada a las palabras,
la pestilencia es el aroma de la crueldad,
energías vitales roídas por termitas
que conllevan discursos sinuosos,
rodean el vacío y pierden el objeto,
suspenden el juicio
y olvidan la violencia de lo real
que deja muda las palabras,
llueve sobre mojado en la línea férrea,
el anden es un invierno, eterno y amarillo,
con tanto objetivismo en las estaciones
como para quedarse callado finalmente
al cerrar el periódico. (Aspiraciones
a escaparse exánime de la escritura,
con un libro que diga algo más que palabras,
resquebrajando la voz
en el claroscuro musical que acompaña la muerte;
tampoco hay que borrar la utilización de la música
en las sesiones de tortura
o la complicidad de la naturaleza con el olvido.
Los rieles crean una armonía
monótona y delicada con intervalos de silencio).*

parloteando sobre la lucha por la democracia,
sin embargo allí corre la mujer
persiguiendo el rezago de su historia,
encuentra una seña dislocada, un corte a secas,
el montaje de la imaginación,
pruebas violentas que consumen las dudas metafísicas
y la ingenuidad de embellecer la pobreza.
No es posible el escepticismo
después de la evidencia de las torturas,
las ideas tienen un suelo barroso y aterido
arraigado al frío de los rieles que todavía
se usan como párpados de la muerte;
el dechado de citas intelectuales
es un momento del aprendizaje,
vean esa tropa de estudiantes de arte
que atorán las calles con sus croquis
y las buenas intenciones sociales,
mientras el encono de la impotencia
viaja alrededor de la vía;
nosotros también arribaremos
a la estación terminal, y cambiaremos de música
como si mudáramos de memoria,
cuando la cantinela se renueve
y los aplausos detonen la llegada
de Keith Jarrett a la cabeza

*Muchas voces conviven en esta habitación
aunque eso no signifique darles espacio,
cada cierto tiempo alguien se lanza
contra el tren y los obreros siguen
trabajando en los durmientes
cada cierto tiempo, alguien, no sé quién,
continúa el ritmo de las maquinarias
arrojándose a toda velocidad con la frente desnuda,
acá, abajo, al costado del carril,
las voces enhebradas boquean dentro de la pecera,
tragan luz eléctrica y vuelven al fondo
con las algas recogidas de la ciudad,*

*las cordilleras profundizan el mar
acorralándolos entre minerales y ácidos;
quién dijo que la naturaleza era un ciervo
pastando en un claro de bosque,
el tallo de hierba floreciendo en la sonata,
o el cardo en el campo atorado
bajo los zapatos de Van Gogh, quién.
Quién escribe un canto valiente
que sea por siempre canto nuevo,
quién escucha los zapatos de la mujer
arrojada a las piedras que acompañan el ferrocarril,
y la soledad que lleva a poner su cuerpo
entre las maderas que soportan los vagones,
y no vengan con los retratos de la miseria,
las proclamaciones de moda que exigen,
a contramano, una violencia genital
sobre la más débil desechada entre los matorrales
luego de ocuparla como una herida vacía*

*quién dará justicia a este rostro
cincelado duraderamente, en piedra
anónima y cruel que moldea la realidad,*

quién

ÍNDICE

CUARENTA AÑOS 7

AFRO BLUE 13

FERROCARRIL BELGRANO 19

Colofón

E D I C I O N E S

Esta plaquette se imprimió en abril del año 2010 con un tiraje de cincuenta ejemplares. Fue encuadernado en el Taller Inubicalista de Cerro Alegre, Valparaíso. Para su composición se utilizó la tipografía Adobe Garamond Pro. Interior de Papel Bond Ahuesado. © Jorge Polanco Salinas Registro 181.979 La portada está impresa en serigrafía en Circuito Gráfico, cerro Yungay, sobre cartón Nettuno Oltremare.

I N U B I C A L I S T A S